

## «PRAESIS UT PROSIS»

### Consideraciones en torno a la Encíclica *Ut Unum Sint*

*El artículo que presentamos sigue en la línea de P. Hünemann de potenciar el carácter episcopal del primado y de resituarlo en el horizonte de la colegialidad. No tiene, pues, nada de extraño que, en una versión algo más reducida, fuese publicado en la revista Bulletin ET (8, 1997, 171-178) de la «Sociedad Europea de Teología Católica», como complemento al artículo de Hünemann y en forma de «reflexiones». Aquí adopta la forma de «consideración», género teológico forjado por S. Bernardo en el famoso Papstspiegel (espejo o modelo de Papa) que él compuso para el Papa Eugenio III, antiguo monje de la Abadía de Claraval. Se dan sorprendentes analogías entre la nueva situación con la que se enfrentaba el papado en tiempo de S. Bernardo y la que plantea la Encíclica Ut Unum Sint respecto a la forma de ejercer hoy el primado. Esto proporciona a la «consideración» del autor sobre primado y colegialidad un interés añadido.*

«Praesis ut prosis». Consideraciones en torno a la Encíclica «Ut Unum Sint», Miscelánea Comillas 55 (1997) 391-403.

Pongo estas reflexiones bajo un lema extraído del *Papstspiegel*: «Presides (la Iglesia) para servir-la». Justamente la sección final de la Encíclica *Ut Unum Sint* (25.05.95) está dedicada al «servicio del Obispo de Roma a la unidad» (nº 88-97; en adelante los números se refieren a los párrafos de la Encíclica). En esta Encíclica Juan Pablo II ha señalado como objetivo ineludible de reflexión ecuménica «la cuestión del primado del Obispo de Roma» (nº 89). En este contexto lanza un llamamiento a «establecer un diálogo fraterno y paciente» sobre el ministerio de Pedro, el cual posee —según el Papa— un objetivo muy concreto: «en-

contrar una forma de ejercer el primado que, sin renunciar a lo esencial de su misión, se abra a una situación nueva» (nº 95). Desde su publicación, la Encíclica ha provocado numerosas tomas de posición, algunas referidas a su conjunto y otras que arrancan del llamamiento del Papa. En este último grupo se inscribe el presente artículo. Y adopta el género teológico de la *consideración*.

### Guía de la consideración

Llevado por el deseo de buscar una modalidad del ejercicio del ministerio de Pedro acorde con las exigencias de una época nueva, acuñó S. Bernardo el género

teológico de la *consideración*. De él afirma: «La consideración prevé lo que se debe hacer, recapacita sobre lo que se ha hecho» (*De consideratione* Lib. III, VII, 8). La *consideración* constituye «una aplicación intensa del espíritu para descubrir la verdad», «una búsqueda de lo desconocido» (Lib II, II, 5).

¿Sobre qué versará nuestra *consideración*? Partimos de esta afirmación central de la Encíclica: «La Iglesia Católica, tanto en su *praxis* como en sus documentos oficiales, sostiene que la comunión de las Iglesias particulares con la Iglesia de Roma, y de sus obispos con el obispo de Roma, es un requisito esencial —en el designio de Dios— para la comunión plena y visible». Y a continuación se formula esta pregunta: «¿No es acaso de un ministerio así del que muchos de los que están comprometidos en el ecumenismo sienten hoy necesidad?» (nº 97). Ante esa afirmación, que constituye la tesis católica relativa al primado, ¿cómo reaccionan las otras Iglesias cristianas?

J. Moltmann es muy crítico. Para él, las grandes Iglesias no católico-romanas están dispuestas a una *communio cum (con) Petro*, pero no a una *communio sub (bajo) Petro*. Desde la teología evangélica, otros abogan por una separación entre el poder jurisdiccional y el ministerio sacramental de la unidad, como requisito para un entendimiento.

Desde la perspectiva ortodoxa se sigue insistiendo en el primado de honor del Obispo de Roma, como *primus inter pares* (primero entre iguales). Y se distingue en-

tre las diversas funciones del Papa: obispo de Roma, cabeza suprema de la Iglesia católico-romana, patriarca de Occidente, ministerio de Pedro para la unidad. Para superar la separación entre la Iglesia Griega y la Latina hay quien considera necesario *redres-ser* (rectificar) las definiciones del Vaticano I.

Los autores católicos tratan de legitimar y razonar la *communio sub Petro*, o sea, el primado de jurisdicción, actualizándolo a la luz de la doctrina de la colegialidad del Vaticano II. En esta línea, ahonda Hünemann, en su artículo, en la función episcopal del Papa.

A la hora de repensar el ejercicio del ministerio de Pedro hay que *considerar* que una cosa es el primado del Obispo de Roma, explicitado intra-católicamente en los dogmas de 1870, y otra sus adherencias históricas. El Papa pide que se *consideren* públicamente las nuevas formas que puede revestir el ministerio de Pedro. Pero sólo se puede proponer la necesidad de formas nuevas, si las pasadas o las actuales se *consideran* no del todo adecuadas. Por otro lado, hay que *considerar* que el Vaticano II ha asumido la doctrina del Vaticano I sobre el Papa y la ha resituado en el horizonte de la colegialidad.

¿Sobre qué versará, pues, nuestra *consideración*? Para nosotros, el tránsito entre el Vaticano I y el Vaticano II nos ha legado como tarea la búsqueda de *la forma colegial del ejercicio del Primado*. En esta línea, propondré unas reflexiones de tono histórico y sistemático que adoptan el género

teológico de la *consideración*. Y a esta *consideración* antepongo las palabras de S. Bernardo a Eugenio III: «No toca a mi humildad dictarte lo que has de hacer. Basta con haberte urgido a que hagas algo para que la Iglesia se consuele y se tape la boca de los que propalan iniquidades. Lo que aquí expreso, por poco que sea, lo digo a modo de apología» (Lib. II, I, 4). También aquí lo diremos a modo de apología, pues el llamamiento del Papa encierra una invitación a buscar formas nuevas del ejercicio del primado y representa un impulso en la recepción del Vaticano II que entraña la búsqueda de nuevos equilibrios entre lo colegial y lo primacial, la Iglesia local y la Iglesia universal.

El tema de esta *consideración* es, pues, la forma colegial del ejercicio del primado. Voy a recrear libremente los cuatro momentos que S. Bernardo proponía a Eugenio III como materia de *consideración* (Lib. II, III, 6): *tú mismo* (el primado en una eclesiología de comunión); *lo que está debajo de ti* (pueblo de Dios en comunión); *lo que está alrededor de ti* (episcopado y colegialidad); *lo que está sobre ti* (origen trinitario de la comunión eclesial).

### **Consideración sobre «ti mismo»: primado y eclesiología de comunión**

La primera consideración puede formularse así: la cuestión del ejercicio del ministerio de Pedro no constituye un problema autónomo, sino que ha de ser considerado en el marco de la eclesio-

logía. Ahora bien, el modelo eclesial subyacente al planteamiento de la Encíclica es el de la *communio*: «Todas las Iglesias están en comunión plena y visible porque todos los pastores están en comunión plena y visible con Pedro, y así en la unidad de Cristo» (nº 94). Y la Encíclica asume los elementos de la teología de la Iglesia local del Vaticano II. Así, afirma: «En cada una de estas Iglesias particulares se realiza la Iglesia *una, santa, católica y apostólica*» (nº 94).

La eclesiología de comunión no puede dejar de reflejarse en la manera de concebir la función del Papa y la organización de la Iglesia. Ya Congar había señalado que, en la eclesiología católico-romana, el «régimen de la organización unitaria» había ido desplazando al «régimen de la comunión». El Vaticano I representó la culminación de la eclesiología «gregoriana» o de ese «régimen de organización unitaria». El centralismo y juridicismo de esa organización unitaria, que produce hoy desazón, no se compagina con la concepción de la Encíclica: servicio de autoridad colocado en el corazón de la Iglesia-comunión.

Hay que volver, pues, a la eclesiología de comunión. Lo cual no está reñido con la autoridad del Papa proclamada por el Vaticano I. Pues la eclesiología de comunión requiere también un centro de unidad. Las definiciones del Vaticano I representan la opción de la Iglesia por su unidad. Además crearon el conjunto unitario del episcopado en torno al Papa y refrenaron los impulsos teológi-

camente incorrectos del regalismo y de otras fuerzas centrífugas. Junto a esas ventajas, un grave inconveniente: la tendencia difícilmente reprimible de todo centralismo hacia la uniformidad.

La concepción del ministerio de Pedro del Vaticano I está en consonancia con el título de «Romano Pontífice». El Vaticano I fijó los dos atributos objeto de polémica: la *jurisdicción* plena, suprema, inmediata y universal sobre pastores y fieles, y la *infallibilidad*. Esto significa que la jurisdicción, que va acompañada del magisterio, no es un mero carisma personal, sino un auténtico poder jurídico. Así, puede ejercerse *de modo inmediato*, sobre cualquier fiel o pastor.

S. Bernardo, tras recordar la potestad indiscutible del Papa, añade: «Eres un obispo». En este sentido no deja de llamar la atención que, en la Encíclica, no se utilice el título de «Romano Pontífice», sino el de «Obispo de Roma», glosado con los de «sucesor de Pedro», «heredero de la misión de Pedro», «siervo de los siervos de Dios».

El título de «Romano Pontífice» coloca en plena luz los derechos primaciales, pero deja en penumbra la forma colegial del primado y la autonomía propia de cada obispo, de acuerdo con el principio de subsidiariedad. Todo parece indicar que el Vaticano I no ha contemplado la jurisdicción del Papa cuando actúa *en y con* los demás obispos, sino sólo cuando actúa *sobre* los obispos (véase Denzinger nº 1828). A tenor de una eclesiología de comunión, ésta debería ser la forma

extraordinaria, pero no la ordinaria, del ejercicio del primado. Si esta forma excepcional se convierte en normal, nos hallaríamos ante una situación de centralismo injustificado, a-colegial, ante una forma de absolutismo.

En suma: la recuperación de la eclesiología de comunión implica el reconocimiento de la co-origenariedad de Iglesia universal e Iglesia local, de principio jerárquico y sinodal, de primado y colegialidad.

### **Consideración de lo «que está debajo de ti»: pueblo de Dios en comunión**

«Tu herencia es el orbe entero». La figura histórica del primado que ejerce su autoridad sobre la Iglesia universal, o sea, sobre la totalidad de los creyentes, no tiene parangón en la sociedad civil. S. Bernardo se apresura a precisar: «Presides la Iglesia para servirla. La gobiernas como un empleado fiel y cuidadoso, encargado por el amo». En otros tiempos, la presidencia de la Iglesia ha podido ser asimilada a la monarquía papal. Incluso hoy muchos contemporáneos se hacen de la Iglesia esa idea. Pero la concepción de la Iglesia como *pueblo de Dios* del Vaticano II hace necesaria unas estructuras de comunión y participación a todos los niveles.

La afirmación de la Iglesia como *pueblo de Dios* elimina la hierocracia. El Vaticano II parte de la igual dignidad bautismal de todos los cristianos. De ahí nace una nueva conciencia de la responsabilidad de la misión recibida

por el bautismo dentro y fuera de la Iglesia. No hay duda de que, después del Vaticano II, la vida de comunión en la Iglesia sigue exigiendo la escucha atenta del magisterio (nº 94). Si alguien sintiere el deber de dirigirle algún reparo, deberá hacerlo con respeto.

Pero la pregunta que ahora se plantea es: ¿Quién tiene la palabra en la Iglesia? ¿Cuál es el espacio para la «opinión pública» en ella? ¿Cuáles son sus cauces? Pensando desde el Vaticano II y desde su reconocimiento del *sensus fidei/sensus fidelium* (sentido de la fe/sentido de los fieles), la definición de infalibilidad del Vaticano I deja en penumbra la realidad eclesiológica de la *recepción* (Congar). El Vaticano II resitúa la infalibilidad en el marco de la función profética de toda la Iglesia (LG nº 12). La infalibilidad *in docendo* (en el enseñar) encuentra su presupuesto en la infalibilidad *in credendo* (en el creer), o sea, en la indefectibilidad de todo el pueblo de Dios. Paralelamente a lo dicho sobre la jurisdicción, también el magisterio ha de contar normalmente con los procesos de recepción.

Cuando el Vaticano I afirma que las definiciones papales son irreformables «por sí mismas, no por el consenso de la Iglesia» está condenando directamente el galicanismo que exigía la sanción posterior por parte de la Iglesia. Pero en modo alguno se dice que el Papa no necesite del *testimonium* o *sensus fidei* de la Iglesia. Al verdadero proceso de recepción le es consustancial el reconocimiento tanto de la autoridad testificante como de la fe testificada.

Para que esto no resulte pura teoría, se requiere una reflexión seria y serena sobre determinadas cuestiones, en las que han de participar los fieles. Cuestiones como el puesto de la mujer en la Iglesia, el celibato sacerdotal, el acceso a los sacramentos de los divorciados vueltos a casar, la contracepción, la inviolabilidad de la vida humana, la justa distribución de la riqueza, la inculturación del Evangelio, lejos de estar cerradas, constituyen auténticos desafíos para la fe cristiana en los umbrales del tercer milenio. Ante ellas no es aventurado apelar al principio medieval *quod omnes tangit, ab omnibus approbari debet* (lo que afecta a todos, todos lo deben aprobar), que descansaba sobre el principio de la sinodalidad fundamental de la Iglesia.

Un proceso de comunicación, participación y recepción sólo será viable si contamos con auténticos «sujetos» de la comunión, o sea, con instancias eclesiales que funcionen como foros de encuentro y discusión, donde se puedan abordar las cuestiones candentes de la vida eclesial. Nos encontramos ante la tarea histórica de recuperar el tejido de comunión que forman las instancias intermedias, que van desde los sínodos diocesanos, pasando por las conferencias episcopales, sin olvidar los patriarcados, hasta llegar al concilio ecuménico.

### **Consideración de lo «que está junto a ti»: episcopado y colegialidad**

Llega el momento de abordar

la tesis anunciada: el Vaticano II ha resituado el primado en el horizonte de la colegialidad. La ley fundamental en el ejercicio del ministerio de Pedro consistiría en avanzar hacia una colegialidad consecuente. En realidad, la colegialidad ha venido a atemperar la tendencia monárquica propugnada por los grandes teóricos medievales de la primacía papal en la lucha entre el poder espiritual y el temporal. La censura de S. Bernardo sonaba así: «In his non sucesisti Petro, sed Constantino» (En esto eres el sucesor no de Pedro, sino de Constantino) (Lib. IV, III, 6).

Si es verdad que, a partir de León Magno, se destaca la preeminencia de Pedro dentro del colegio apostólico, también lo es que otras líneas teológicas, preteridas por la tradición, han subrayado la inclusión de Pedro en el colegio apostólico y, siguiendo a S. Agustín, han reafirmado el principio: «Non uni, sed unitati Ecclesiae claves datae sunt» (las llaves —el poder— no se han dado a uno, sino a la unidad de la Iglesia). Queda así planteada la dialéctica primado-episcopado. En este sentido afirma la Encíclica: «El Obispo de Roma es un miembro del colegio, y los obispos son sus hermanos en el ministerio» (nº 95).

La coexistencia del primado y la colegialidad descansa sobre el convencimiento de que, lejos de constituir magnitudes rivales, entre ellas rige una «comunidad jerárquica». Al menos teóricamente, en el Vaticano II (LG nº 22) se constatan algunas ambigüedades

sobre el sujeto de la *potestad plena y suprema* en la Iglesia. ¿Se trata de un único sujeto (el colegio bajo la cabeza)? ¿O de un doble sujeto (el Papa y el colegio episcopal)?

Esa ambigüedad se produce porque el Vaticano II no ha descrito consecuentemente el primado como centro del colegio, sino que le atribuye también un rango «supra-colegial». En realidad, la afirmación de *un solo* sujeto colegial de la potestad suprema no impediría que el Papa pudiese ejercerla *seorsim* (aisladamente). Pues el único sujeto colegial podría desarrollar dos modos de acción: mediante el Papa como cabeza primacial del colegio (encíclicas) o mediante un acto estrictamente colegial (sínodo de obispos, concilio). Si el ministerio de Pedro se entiende en la línea del *episcopado*, la respuesta va en esta segunda línea.

Si queremos avanzar, habrá que aclarar primero algunas cuestiones relativas a la jurisdicción episcopal y a la primacial. Desde la eclesiología de comunión y desde la teología de la Iglesia local hay que abandonar el binomio *plenitudo potestatis-in partem sollicitudinis* (plenitud de la potestad-solicitud parcial), que, históricamente, ha servido para expresar lo específico del primado frente al poder episcopal. Deberíamos ser capaces de concebir el ministerio de Pedro sin esa distinción, que paraliza la idea de subsidiariedad. Los obispos no son meros delegados papales, sino auténticos vicarios de Cristo en sus respectivas Iglesias.

Otro binomio que, a la hora de resituar la relación primado-episcopado, debe ser superado es el de *potestas ordinis-potestas iurisdictionis* (potestad de orden y potestad de jurisdicción). Lo que está en juego con esta distinción es el origen del poder de los obispos: directamente de Jesucristo (mediante el sacramento), sin mediar el Papa, o como concesión papal. Todo parece indicar que, desde la afirmación de la sacramentalidad del episcopado (*Lumen gentium*, nº 21), el Vaticano II apunta en la primera dirección. Además no existe soporte bíblico para afirmar que Pedro otorgó poderes a los demás apóstoles.

En todo caso, la idea de un poder de jurisdicción de concesión papal, contradictorio del poder de orden, ha bloqueado históricamente el principio de colegialidad. El episcopado se convierte así, a lo más, en un mero instrumento de «consulta». En cambio, la *Lumen Gentium* ha trocado el lenguaje de los poderes en el triple *munus* (oficio) de Cristo (sacerdote, profeta, rey), o sea, de *ministerium-magisterium-regimen* (ministerio, magisterio, gobierno). Estas tareas las debe ejercer cada obispo en su diócesis en comunión con las otras Iglesias y garantizando la comunión de su Iglesia con la Iglesia universal.

Por analogía con la relación Pedro-apóstoles, la colegialidad se presenta como el modo normal del ejercicio del ministerio de Pedro. En los asuntos importantes que atañen a la Iglesia universal hay que recurrir a la forma

colegial del ejercicio del primado. ¿No contó Pío XII con el consenso del episcopado universal a la hora de definir el dogma de la Asunción? En las cuestiones ambiguas y difíciles, salvo casos de verdadera excepción, el Papa se atenderá también a la forma colegial. Pues, ante cuestiones arduas, no basta la actuación «aislada» del Papa, apoyado únicamente por los organismos curiales.

Abordamos aquí el problema de la curia romana. ¿No es ella un cuerpo organizativo superior, de hecho, al episcopado? ¿No puede aparecer como un *tertium quid* (un tercer factor) que bloquea la colegialidad? No se trata ciertamente de abolir la curia. Al contrario, de acuerdo con la evolución histórica, hay que reconocer que, al estar el ministerio de Pedro referido a una persona, la función ha generado un órgano de potenciación de la persona del Papa que multiplica su actividad. Es evidente, por tanto, que el impulso coherente del ejercicio de la colegialidad no suprime la curia. Pero también lo es que un desarrollo desmedido de la curia papal puede entrar en conflicto con el ejercicio de la colegialidad. El problema teológico se cifra en si hoy conviene a la Iglesia un reforzamiento de la administración central o la manera normal de realizar la jurisdicción universal del Papa debe adoptar paulatinamente —según espíritu y letra del Vaticano II— la forma colegial.

Un ejercicio consecuente de la colegialidad exige la revisión de las nuevas instituciones puestas en marcha por el Concilio: el Si-

nodo de Obispos y las Conferencias Episcopales. Son instituciones llamadas a mostrar que la responsabilidad de un obispo no se reduce a su propia Iglesia particular, sino que incluye la *sollicitudo pro universa Ecclesia* (la solicitud por la Iglesia universal; LG, nº 23). Sin embargo, un Sínodo de Obispos de «carácter consultivo» ¿no parece seguir más el modelo de un organismo curial que el del principio de colegialidad? Respecto a las Conferencias episcopales W. Kasper afirma que son de derecho eclesial *cum fundamento in iure divino* (fundado en el derecho divino). Desde esta perspectiva habría que enfocar el problema de la relación entre los Nuncios y las Conferencias episcopales.

### **Consideración de lo «que está por encima de ti»: ser comunión a imagen de la Trinidad**

La *professio* papal era una costumbre de la antigua Iglesia por la que el recién elegido Papa prestaba juramento a la fe de la Iglesia y a las decisiones dogmáticas de anteriores Concilios. Era una forma de expresar que el Papa estaba sometido a la Escritura y a la Revelación.

En línea con la teología de la comunión de la Iglesia antigua, la Encíclica alude al carisma fundamental de la Iglesia romana cimentado sobre el martirio de Pedro y Pablo (nº 90). Este carisma consiste en ser testigo y garante de la fe apostólica. La eclesiología antigua de comunión afirma el origen tras-

cendente y trinitario de la comunión eclesial. Las Iglesias locales se saben unidas en torno a la Eucaristía. El Obispo de Roma no crea la unidad de las Iglesias, sino que vela para que se realice la comunión de todas en la misma fe.

Para la tradición antigua el rasgo decisivo del ministerio de Pedro no es un poder jurisdiccional, sino su servicio a la custodia y a la transmisión de la fe. En este sentido, el papado estaría más en la línea de la apostolicidad que de la unidad.

«Presides para servir». Este modelo de servicio a la comunión podría aplicarse tanto a las Iglesias de la Ortodoxia como a las de la Reforma. Para ello hemos de ser capaces de poner en práctica principios ya formulados. Así, el Card. Ratzinger indicó que la Iglesia Católica no puede exigir de la Ortodoxa un tipo de ministerio distinto al que se dio en el primer milenio. En su figura concreta jurídica, no es lo mismo el oficio de «primado» de la Iglesia latina que el ministerio de unidad de la Iglesia universal, aunque ambos confluyan en el Obispo de Roma. La Iglesia romana aparece como un *centrum unitatis* (centro de unidad), reflejo de un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (LG nº 4).

Estas consideraciones no pretenden sino plantear algunas cuestiones teóricas que han de ser repensadas para una puesta a punto de la postura católica respecto al primado.

**Condensó: JORDI CASTILLERO**